

Situación del cuerpo en internet: Callejón sin salida de la teoría de la comunicación

PÍO EDUARDO SANMIGUEL

Una extensión corporal hace posible, a la manera de una prótesis, salvar una distancia, geográfica en principio, como en el caso de la lanza, la cerbatana o la flecha. Un cierto dominio del arco permite desde hace mucho tiempo alcanzar un objetivo que se halla fuera del alcance humano: un ave que se apresta a volar, un mico que huye por entre las ramas con una agilidad que no está a disposición del hombre. Pero es cierto que son ejemplos de los que podemos decir que hoy guardamos una cierta distancia, simplemente porque ya no tenemos necesidad de salir de esa manera a buscar el alimento para el grupo a pesar de conservar en ciertos pasatiempos la añoranza de dichas actividades, como cuando se crean cotos de caza y pesca con tiempos de veda y de autorización donde desplegamos los artefactos más modernos para el efecto, o unos más rudimentarios en los que queda más comprometido el cuerpo que en los primeros. Podemos decir que al mismo tiempo que con esos inventos el hombre prolonga sus brazos para alcanzar lo inalcanzable, hace más fuerte sus garras para apresar lo que necesita sostener, afila el canto de su mano para partir la madera o el hueso, calienta su aliento para fundir el metal, se calza las del gato con botas para asistir pronto a los parajes más lejanos, inventa las alas para mirar desde perspectivas insospechadas, al mismo tiempo que esas prótesis le permiten conservar el hielo en tiempos calientes y el calor en medio de profundas heladas, esas extensiones corporales son la salvaguarda de su cuerpo, la retracción de éste ante el peligro, el esfuerzo y el compromiso que le conciernen en el acto que acomete. Quiero decir que el cuchillo que clava en la garganta del mamut le ahorra tener que hincar sus propios dientes en un cuero tal vez demasiado resistente, la lanza lo guarda de abalanzarse sobre la presa conservando una cierta distancia, pero usando todavía toda la potencia de sus músculos para poder penetrar esa misma piel con el ímpetu

- PLUMER, K (ed.), *Modern homosexualities*, London, Routledge, 1993.
- SAWICKI, J. *Disciplining Foucault*. New York, Routledge, 1991.
- SEDCWICK, E. *Epistemology of the closet*. University of California Press, 1990
- _____. "Performatividad queer". En: *Nómadas*, Bogotá, Departamento de Investigaciones, Universidad Central, no. 10, 1999.
- SERRANO, J. "Entre la negación y el reconocimiento. Estudios sobre "homosexualidad" en Colombia". En: *Nómadas*, Santafé de Bogotá, Departamento de Investigaciones, Universidad Central, no. 6, 1996.
- STEINER, J. (comp). *Homosexualidad, literatura y política*. Madrid, Alianza, 1985.
- TOMÁS y VALIENTE, F. Et al. *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*. Madrid, Alianza, 1990.
- VARIOS AUTORES. *Debate Feminista*. Año 8, vol. 16, octubre 1997.
- VIVEROS, M, y GARAY, G. (comp.) "Cuerpos contruidos para el espectáculo", en: *Cuerpos, géneros y diferencias*. CES, Universidad Nacional, 2000.



⌘ Lucas Cranach. *Mönchskalb*.

del lanzamiento, luego la flecha reducirá la fuerza necesaria para cada disparo y aumentará inversamente el poder del impacto, y así hasta las armas de fuego. Sin embargo, es sorprendente que a medida que se ha avanzado en el perfeccionamiento de estas armas el objeto se ha disuelto o ha cambiado tanto que resulta irreconocible o en gran medida escurridizo. Tómense como ejemplo los acontecimientos recientes que señalan para muchos la entrada en el siglo XXI. Un ataque sorpresa a las torres gemelas se considera como un acontecimiento que va mucho más allá de un ataque a dos grandes edificios. Es ante todo un ataque a un símbolo y, en cuanto símbolo de algo, no es nada en sí mismo, no es el objeto en sí, lo cual no ha impedido las profundas repercusiones que conocemos sobre algo que se ubica en otro lugar y cuyas fronteras objetivas resultan difícilmente delimitables, salvo si hablamos en términos económicos, de tranquilidad y especialmente de discurso. Podemos hablar de Occidente, y Occidente es justamente más un discurso que una geografía. A su vez, analistas de diversos orígenes no se cansan de subrayar qué tan difuso es el objeto de un ataque llevado a cabo con los instrumentos de destrucción más modernos y precisos para dar en el blanco, *verbi gratia* el reciente ataque de los norteamericanos sobre Afganistán. Eso que llaman terrorismo, entendido aquí como el objetivo de dicha intervención, parece que está en otro lugar y es de una naturaleza bien diferente, tanto como para que podamos hablar de una inadecuación radical del instrumento respecto al objeto una vez que ha alcanzado un alto grado de desarrollo.

Por supuesto, no es ésta la única serie de objetos protéticos que puede reconocerse. Sobre la mirada, por ejemplo, han operado una serie de desarrollos que no solamente apuntan a corregir lo que se va perdiendo por efecto del uso y el abuso, por efecto de la degradación del órgano, sino sobre todo a ir más allá de los límites de lo que la vista y la mirada alcanzan. La vista extiende sus horizontes tanto con el telescopio como con el más potente microscopio, apuntando ambos a establecer los límites de la mirada, el primero al intentar echar una ojeada a los bordes del universo en expansión y el otro a las profundidades en las que la materia señala lo indivisible o se disuelve. Por eso la mirada es discernible del ver y la visión y concierne más a los límites, tal como podría deducirse de un experimento entre los muchos contenidos en un pequeño libro titulado *Comunicación no verbal*, en el que, con los más sofisticados aparatos para determinar el lugar a donde una mirada apunta, se señalaba que si a un hombre se le pasan imágenes de mujeres semidesnudas su mirada no se dirige a los

La teoría de la comunicación es una propuesta que ofrece una nueva solución a aquello que separa a los hombres y que hace imposible su convivencia pacífica. Dispone de un medio técnico para realizar su propuesta: una red donde los seres humanos se encontrarían en torno a la transparencia de la información, y donde el cuerpo, al ser aquello que obstaculiza el encuentro, es desechado o reducido a información decodificable. El encuentro entre los hombres sería posible a costa de vivir solos y evitar todo contacto directo. Este artículo revisa el panorama en que surge, precisa el lugar del cuerpo en dicha teoría e indica sus salidas y peligros.

trapitos que aún quedan, ni tampoco a la nalga descubierta o a la piel, sino al límite entre el cuerpo y el vestido. Señalamiento precioso para nosotros porque parece decirnos que no es el objeto observable su meta, y que más bien éste se disuelve, se escabulle a medida que se puede ver más lejos y más preciso. No son ajenos a este destino la mirada de la pornografía sobre el cuerpo, sus convulsiones y sus orificios (sobre todo sus orificios) y su correspondiente en la escala invertida que señala la sublimación de la mirada en el acto médico científico. En estos casos hemos aprendido a leer en tal fijez la renegación de algo que está más allá y que subtiende su esfuerzo.

Por supuesto, tampoco la voz escapa a esta necesidad tan humana de reducción de las limitantes corporales, a cuyo propósito infinidad de prótesis han permitido tanto escuchar lo inaudible (el ruido de las estrellas, las voces de los más diversos mamíferos) como hablar a lo inalcanzable, hablar con megáfonos extraordinarios que ya no sólo abarcan las ágoras más extendidas, ni tampoco se reducen al amplísimo espectro de la gran masa que pueden alcanzar la radio y la televisión, sino que en un avance aún más inusitado el individuo contemporáneo dispone del instrumento justo para su medida: el teléfono portátil o celular que constituye un paso importante respecto al teléfono tradicional (aunque ya esbozado en éste); en efecto, adosado continuamente a su cuerpo, el teléfono celular le permite al hombre estar siempre en comunicación, en contacto con otro, guardadas las distancias. El auge inesperado y hasta desmedido de este aditamento

debería llamarnos en seguida la atención, pues remite a la necesidad de contacto vocal, de palabras, con otro. Es ahora evidente que su función no consiste, como se nos ha dicho, en acortar las distancias, sino en alargar las comunicaciones. Las distancias de los cuerpos son las que no se acortan; es aún más radical: los cuerpos desaparecen y ya no son más que puntos virtuales, a la manera como podríamos representarlos con ayuda de la lógica vectorial. Hace un tiempo la situación no era así; si la llamada era de larga distancia, una cierta distorsión y debilitamiento de la voz permitía determinar la distancia casi proporcionalmente (y ahí se ve claramente ese distanciamiento paulatino del esfuerzo corporal, del compromiso del cuerpo, a medida que avanza la técnica), pero luego eso cambió y lo hizo tan rápidamente que la gente seguía gritando al teléfono para ser escuchada cuando ya no era necesario; luego nos acostumbramos y se habla de la misma manera independientemente de que la llamada provenga de la casa vecina, de Madrid (Cundinamarca) o de Madrid (España). Las comunicaciones en cambio sí se alargan, seguramente no más de lo que en tiempos del teléfono alámbrico cuando a las mujeres se les pedía acortar sus comunicaciones argumentándoles que el teléfono había sido creado para disminuir distancias, hasta el punto de tratar a un hombre de mujer por el simple hecho de pegarse a la línea. Pero es evidente que las comunicaciones se han alargado en el sentido arriba expresado: el número de comunicaciones se ha multiplicado sin que ello implique una reducción del uso del teléfono tradicional. Lo que resulta cada vez más claro con esto es que dichas comunicaciones no pretenden decir nada, sino que son simplemente eso: la constancia de una necesidad de comunicación, de un vínculo de palabras con otro. Lo que allí se diga es lo de menos, y tal vez podríamos pensar en la siguiente expresión como prototipo de este contacto: "¿y qué más?". Función conativa del lenguaje que, a manera de un anzuelo, relanza siempre una comunicación entablada para no dejarla caer. Por supuesto, también aquí parece haberse diluido casi enteramente el objeto, lo cual resultará aún más patente en la tecnología de Internet.

Antes de adentrarnos en Internet como punta de lanza de la teoría de la comunicación, quisiera subrayar de este recorrido realizado algunos elementos. En primer lugar, presenciamos una especie de borramiento paulatino del objeto que se pretende alcanzar a medida que la humanidad avanza en la implantación de sus prótesis; como si al principio el objeto estuviese plenamente precisado y fuese claramente señalable, y poco a poco nos hubiéramos quedado sin objeto. Sin embargo, no hay tal. Se trata más bien de un recorrido histórico que demuestra lo que Freud ya señalaba cuando hablaba de la pulsión: que no tiene ni ha tenido nunca objeto fijo. Es decir, que es más bien del orden de la ficción aquello de la preexistencia de un objeto primero que

habría ofrecido al hombre la satisfacción o el goce, y que en un segundo tiempo se habría extraviado, arrastrando a ese hombre en busca de la satisfacción alguna vez obtenida y ahora perdida. Se trata más bien de un objeto primero que sólo es instalado retroactivamente en un segundo tiempo a partir del hecho de que la satisfacción resulta siempre insuficiente y que funciona como motor de la pulsión por el hecho mismo de haber faltado desde siempre. Si seguimos en orden inverso las ramificaciones de las extensiones del cuerpo es bastante probable que podamos reconocer su origen en las pulsiones señaladas por el psicoanálisis (oral, anal, fálica, escópica e invocante) y retrotraer el objeto en una serie respecto a los objetos seno, heces, pene, mirada y voz respectivamente, trabajo que por supuesto está por hacerse. No obstante, si aceptamos que esto es así, entonces podemos entender que, a medida que va transcurriendo la historia, la experiencia de sobrepasar los límites del cuerpo creándole los substitutos protéticos recaiga sobre ese desdibujamiento creciente del objeto. Se diría que con ello el hombre debería acercarse a reconocer en el fondo de este movimiento la insoslayable falta de objeto que lo funda. Sin embargo no es así, y esto tiene que ver con el segundo punto que ahora retomamos: no deja de sorprender que en la misma medida en que se crean esas extensiones corporales el propio cuerpo se retrotrae, se preserva, de dicho acto. Esto resulta un tanto paradójico por ser justamente los orificios del cuerpo las fuentes de la pulsión; los orificios oral, anal, etc, como representantes de un movimiento que es en torno a bordes, a límites, a huecos, que tienen su sede en el cuerpo. Paradójico, pues, porque no se entiende cómo puede retrotraerse el cuerpo y seguir extrayendo de ello alguna satisfacción, a menos que la satisfacción misma sufra una metamorfosis radical. Cualquiera que sea esta transformación tomemos nota de que dicha retrotracción, dicho ahorro del cuerpo, va de la mano de un desconocimiento de la falta de objeto fundante de este movimiento. Podemos al respecto señalar, de manera contrastante, la forma como actualmente los jóvenes insisten en marcar su cuerpo, hacerle agujeros, someterlo a las más extravagantes pruebas, lo cual no parece indicar una salida, sino funcionar como denuncia del olvido del cuerpo borde, del cuerpo límite en esta carrera por un cuerpo plenitud, un cuerpo extenso. Volvamos sobre los acontecimientos recientes que ya evoqué y para los cuales estos elementos pueden aportar luces. Compárese el ataque a las torres gemelas con un avión-cuerpo en el que el cuerpo mismo no se economiza (no se salta antes en paracaídas para quedar vivo así sea preso) con el despliegue

Situation of the body on the internet: an impasse for the theory of communication

The theory of communication is a project that offers a new solution for that which divides men and makes their peaceful coexistence impossible. It has a technical means at its disposal for carrying out its purpose: a net in which human beings could meet together through the transparency of information, and in which the body, the being that impedes encounter, is rejected or reduced to coded information. The encounter among men would become possible only at the price of living in solitude and avoiding direct contact. This article examines the horizon out of which this project arises, specifies the place of the body in this theory and points out its impasses and dangers.



■ L. Cranach, *Licántropo*.

de una guerra metódica donde el cuerpo se preserva al máximo (el uso de robots, por ejemplo, o la guerra a distancia). Esta diferencia señala, por lo menos, que el cuerpo no es ajeno a lo que allí se juega y que toda confrontación tampoco puede realizarse sin tener en cuenta dicho cuerpo bajo las diversas modalidades en que éste viene a ocupar un lugar al interior de un cierto discurso.

Este es el panorama en el cual se esbozará la teoría de la comunicación, que es la que le da marco a Internet. Subrayemos de Internet dos aspectos que sólo aparentemente pueden caracterizarla: Internet es una novedosa y muy rápida manera de enviar un mensaje con costos significativamente bajos respecto a los preexistentes. Por supuesto, muchos reclamarán lo que allí se pierde, tanto en lo que corresponde a la materialidad del papel que soporta la escritura, como a esa especie de colapso del tiempo antes claramente presente entre una misiva y su respuesta. Examinemos en qué consiste la novedad, si acaso se justifica. El papel, por ejemplo, al que tanto parecemos apegados, no es más que un momento de un proceso cuyos orígenes habremos de buscar en la traza que el Otro hace sobre el cuerpo de un sujeto y que posteriormente es trasladada a otro material, no el papel, no el papiro aún, sino la piedra, que había que cincelarla con mucho trabajo y paciencia. La aparición del papiro y luego de la hoja significaron realmente para muchos una pérdida en la perdurabilidad de lo escrito, tanto respecto a la solidez de la materia de impresión como al tiempo empleado en su ejecución. De esta

manera, para una persona en una época determinada, la simplificación técnica parece ir asociada con una pérdida de goce; no es así para las personas de la época siguiente, que parecen poder partir de la base material, o sea del cuerpo que recibe la traza de la escritura y de las escansiones temporales propias de su época. Esto es lo que más nos sorprende cuando vemos a un niño pequeño manejar aparatos que a nosotros nos cuesta mucho trabajo aprender a manejar. Así pues, primero la piedra, segundo la madera, tercero el papiro y luego el papel, hasta llegar al medio magnético, que también requiere de una base que, si puede parecernos volátil, lo es en la misma proporción en que para otros la imprenta o la máquina de escribir constituyeron pérdidas respecto a la escritura manual, o la impresión en computador de chorro de tinta lo fue respecto a la máquina de escribir porque dejaba de presentar esos pequeños surcos imborrables que marcaban la hoja indeleblemente, etc. Habría que preguntarse si, como muchos lo temen, hemos llegado al límite de lo borrable sin palimpsesto, si en realidad hay verdadero colapso de tiempo, o si se trata más bien de una nueva forma de añoranza de un goce que se supone perdido. Ante esta pregunta surge una duda aún más fundamental: ¿qué tan consustancial al hombre es el ejercicio de transponer lo imborrable de la traza (traza material que siempre marca su cuerpo de manera indeleble), de transponer dicha traza sobre el material en que se ejercita en aquello que llamamos escritura? Freud reconoce dicha marca como marca en hueco, en surco, en negativo, más como la traza del escultor que se logra sustrayendo y no agregando; marca que es cama para la palabra de la misma forma que el casquete sólo se asienta cuando le hace cama al justo movimiento de la biela.

Sobre este punto lo que puede constatarse es que la milenaria actividad de la escritura es sólo posible gracias a aquello que ya se ha jugado en otra escena, y que a partir de ese momento el hombre se ve más que impelido a marcar la materia corporal con trazos que siguen al pie de la letra la lógica estructural que a él mismo lo alienta. Tal vez no sea tan fácil resolver este asunto hablando sencillamente de repetición.

En cuanto a la escritura en medio magnético, donde el hombre parece añorar la escritura borrada por ser parte esencial de lo que llama escritura, no es tan cierto que de lo borrado no quede huella alguna. Se sabe, por ejemplo, que borrar lo ya archivado no consiste en hacer desaparecer el material almacenado, sino en eliminar los pocos puntos de escritura que sirven, como mojones, para ubicar en la superficie de un disco duro o blando lo que había sido archivado; pero eso sigue ahí, a pesar de que no lo podamos leer, y sólo cuando algo viene a sobrescribirse resulta imposible recuperarlo; mientras tanto, habrá quienes se ejerciten en las tareas llamadas de recuperación. Podríamos extendernos pensando en el fundamento de dicha escritura:

sucesión de más y de menos, de positivo y negativo, con el cual todo se construye y respecto al cual las letras que vemos en la pantalla no son más que representación imaginaria necesaria para el reconocimiento del sentido. Tampoco en esto se constata algún tipo de alejamiento de los fundamentos de toda escritura.

Internet es otra cosa también: es una muy buena vitrina de ventas. En este sentido, Internet viene siendo utilizado para prolongar el sistema de producción y consumo de objetos que podemos resumir diciendo que consiste en tener siempre a disposición un objeto que venga a hacer las veces del objeto de la pulsión, de tal manera que nunca se permite que aparezca la verdad de que no hay objeto que la satisfaga. Una vez que un objeto empieza a mostrar su aspecto insatisfactorio otro objeto viene a tomar su lugar. Esa rodada de objetos tiene como fin el sostenimiento de la ilusión de un goce posible y, correlativamente, el taponamiento de la falta. Esta es realmente una teoría llevada a la práctica que consiste en afirmar que si el hombre dispone del objeto de la necesidad y del objeto del deseo pedido podrá resolverse con ello el problema de la convivencia entre los seres humanos. Por supuesto, lo anterior se funda sobre el desconocimiento de que, para que un objeto se constituya en objeto deseado, es necesario que sea también deseado por otro y que, además, para que se pueda extraer algo de goce de un objeto es necesario robárselo al otro. Esta es la única manera como los objetos pueden llegar a condensar goce para alguien. Lo anterior echa al traste con todas las pretensiones de dicha teoría porque instala una voracidad salvaje cuya única salida es la violencia propia de la explotación del semejante.

Estos dos aspectos de Internet (ser un sistema ágil y rápido de comunicación y constituirse en un modelo competente para promover el consumo) no son sus características centrales. Todos saben que lo que llamamos Internet no fue en sus comienzos una muy rápida manera de enviar mensajes, sino una forma segura para hacer que un mensaje llegase a su destino a pesar de los tropiezos con que pudiese encontrarse en el camino. Lo que caracteriza a Internet es el uso de múltiples caminos de transmisión, de tal manera que si la información A, enviada por un canal X, llegase a encontrar un escollo, podrá llegar a su meta por un camino Y o Z sin distorsión ni pérdida. Esto es lo fundamental: mantener la comunicación a pesar de todo.

Se entiende a Internet como un desarrollo tecnológico de punta que permitiría realizar una teoría, llamada “de la comunicación” (que aquí nos interesa porque concierne al cuerpo, a las relaciones entre los seres humanos y al objeto). Internet es, por

État du corps dans l'Internet:
impasse de la théorie de la
communication

La théorie de la communication propose une nouvelle solution à ce qui sépare les hommes et qui fait impossible la cohabitation. Elle dispose d'un moyen technique pour s'y prendre: un réseau où les êtres humains se rencontreraient autour de la transparence de l'information. Du fait d'être ce qui empêche la rencontre, le corps y serait banni ou bien conçu comme information décodable. La rencontre entre les hommes est conçue comme possible aux dépens de vivre seuls et éviter tout contact direct. L'article examine l'horizon d'émergence de cette théorie, y précise le lieu du corps et indique ses impasses et dangers.



* Harpía, grabado peruano.



■ Étienne Garsia, Satanas y las locustes. Miniatura. Siglo XI

supuesto, apenas un eslabón en una cadena de perfeccionamientos técnicos que deberían transformarla paulatinamente en el sentido de la realización de la teoría de la comunicación. Pero es un eslabón importante que permite soñar a algunos con que ya es un hecho. Por supuesto, Internet es mucho más, o mucho menos que eso, como ya lo vimos arriba, pero la teoría de la comunicación es otra cosa. Internet pretende ofrecer una solución a aquello que separa a los hombres y que hace imposible su convivencia pacífica: lo propone y lo realiza con una red donde los seres humanos se encuentran en torno a la transparencia de la información. El mundo de lo humano es allí información; el cuerpo mismo es información decodificable. Cuán atractiva y difícil de rebatir resulta esta tesis, tanto más cuando se nos habla hoy del código genético en términos de información. La figura que viene a la mente es la teletransportación de la materia, para la que ya nos preparaba "Viaje a las Estrellas", lo cual implica que todo, todo sin resto, puede ser transformado en *bites*, en sistema binario, y reconstruido nuevamente sin pérdida. Pero mientras llega ese momento, se trata de no hacer entrar en juego lo que aún no puede ser reducido a información.

Se puede decir que la teoría de la comunicación reconoce la insalida de una economía del consumo de objetos y propone, alternativamente, deshacerse del cuerpo como condición para dicha misión civilizadora. Establecer la libre circulación de la información como sede de un encuentro posible entre los hombres sería viable si del cuerpo y del objeto sólo quedara lo que puede ser reducido a un más y un menos, a un cero y un uno, al sistema mínimo de oposición signifiante. Paradójicamente, el encuentro entre los hombres sería posible a costa de vivir solos y evitar todo contacto directo con el otro que no esté mediado por ese espacio que es el del puro signifiante. El llamado *cybersexo*, que parece ocupar actualmente en Internet la mayor parte del uso de la red tanto desde los sitios de trabajo como desde los domicilios, es paradigma de esta idea: se trata de la interacción anónima propia de las relaciones postmodernas (nos dice Breton) llevada al extremo, como en la película "El último tango en París", donde llega el momento en que uno de los dos protagonistas confiesa que ahora lo mejor sería "hacer el amor sin tocarse". El objeto deviene en sede de un goce anónimo en solitario y con el que ningún otro tendrá que enfrentarse, salvo por lo que se pueda traducir en información escrita u oral.

Pasa en esto como en el breve cuento de Italo Calvino "La aventura de un automovilista", donde X, que vive en A, en medio del desencuentro amoroso, busca reencontrarse con Y, que vive en B, viajando de A a B y de B a A y luego nuevamente a B por una autopista, de noche, no teniendo del otro más indicación que las luces que cruzan en sentido contrario y que tampoco son señal precisa del otro, puesto que

todas las luces se parecen; pero ya habiendo descartado que detenerse en B, donde vive Y, resuelva el problema (puesto que ello podría simplemente ahondar el desencuentro, por el hecho posible de encontrarla con Z, su rival, o por el hecho también posible de reconocer que B nunca salió a su encuentro luego de su altercado, o por el hecho supuesto de que también B ha partido al encuentro de A en su carro por la autopista), descubre que lo único que le queda es seguir rodando por esa autopista hacia un lado y hacia otro, “sin puntos de partida o de llegada inminentes”, fuera de donde, agrega, “no hay nadie capaz de recibirnos o entendernos”. X busca a Y allí donde podría estar y no estar. Todo esto se sostiene en lo puramente virtual, porque si llegase a saber que no está, a tener la certeza de que ninguna de esas luces que viene en sentido contrario no es, se detendría totalmente la búsqueda y, la búsqueda así como el encuentro posible, se reduciría a un continuo deslizar en el significante. En realidad no hay cuerpos sino simplemente puntos virtuales que pueden ser ocupados por cualquiera, y por eso se nombran como en las matemáticas, puesto que si llevasen su nombre acarrearían su cuerpo con él, ya que el nombre es una marca inseparable del cuerpo. Los nombres que circulan en Internet son eso: son simples signos matemáticos a fin de provocar la ilusión del encuentro. Tal vez resulte difícil encontrar una descripción más precisa de este aspecto de la teoría de la comunicación.

El reconocimiento de que el cuerpo es lo que obstaculiza el encuentro entre los hombres es el que lleva a plantear como salida desechar el cuerpo como condición para el encuentro. Paradójicamente ello implica que la relación con el otro se reduzca a una virtualidad “reactiva, rápida, poco comprometedora”. La vida social se funda en mantenernos separados radicalmente. ¿Es eso posible?

Hay por lo menos tres puntos en los cuales esto parece imposible: en primer lugar, aquello que se llaman virus. Me parece que los virus son la intención de reintroducir un cuerpo que se quiere ausente. Es como el retorno aterrador, disgregante, desarticulador que produce la reintroducción del cuerpo, y que desde su exilio sólo encuentra por esa vía la manera de recordar que allí sigue, y que no es tan fácil resolver el problema desmintiendo su presencia en la hipótesis de su supeditación absoluta al reino de la información. Tal vez lo que hace que sean tan eficaces los virus en el limitado objetivo que se proponen, es que opera con los únicos medios que le son permitidos; es decir, que los virus son igualmente programas, son información, pero son programas que buscan hacer aparecer el síntoma en la máquina, lo cual no logran más que a medias y muy temporalmente. Y si no lo logran es porque a pesar de que se trata aquí del cuerpo límite del que ya nos habíamos ocupado antes, que en este caso aparece como lo que le pone límite a un deslizamiento eterno del significante, lo que le pone también límite a un

funcionamiento óptimo del sistema, hay sin embargo otro sentido del cuerpo que están lejos de poder introducir, que es el sentido de cuerpo sexuado, que justamente es el que queda realmente exiliado, lo cual ilustra claramente el cuento de Calvino, porque en realidad nunca hemos sabido cuál es el sexo de X o cuál el de Z, así como tampoco el de Y. Si la diferencia sexual *per se* pudiese tener cabida en la red de información, se introduciría con ella todo el asunto de la imposibilidad de la relación entre los sexos, de la diferencia ya no entendida como par de oposiciones significantes, como más y como menos, sino como presencia y falta de un mismo significante, lo cual, nos dice Freud, es un punto de oscuridad inevitable para todo niño o niña, pero que guiará y complicará hasta embrollar definitivamente el entendimiento objetivo de la diferencia entre los sexos. La diferencia sexual es otro punto de penumbra fundamental que daría al traste con la pretensión de transparencia de la información propia de la teoría de la comunicación.

En tercer lugar está el asunto del malentendido de la comunicación. Hasta ahora no se vislumbra cómo una máquina podría hacerse cargo del malentendido, de la multiplicidad de las significaciones, el cual queda reducido a una situación de radical exterioridad respecto a la red, y el usuario ha de hacer uso de un metalenguaje, pues el uso del lenguaje cotidiano haría explotar el orden predeterminado para el funcionamiento del sistema. Lo que queda exiliado entonces es el sujeto, entendido como sujeto de la falla, y lo que nos revela esto es la imposibilidad de separar cuerpo y sujeto.

Hemos llegado a discernir que la teoría de la comunicación está lejos de resolver el problema de la relación entre los hombres con la instalación de una gran red de información que se pretendería transparente, debido a la insistencia del cuerpo por reintroducirse, lo cual concomitantemente es la reintroducción de la diferencia sexual, del objeto del deseo y del sujeto de la falla. Sin embargo, ¿qué es ese gran cuerpo red de significantes asentados en grandes o cada vez más pequeñas máquinas, que en el futuro se espera reducir a una sola, especie de cerebro capaz de hacerse cargo de toda la organización social? De nuevo es el cine de ficción el que viene a ofrecernos una luz. Me refiero a esos episodios en donde todo un planeta aparece como gobernado por una omnipresencia que no se ve, pero que ejerce su ley estrictamente sobre todos los habitantes impidiéndoles cualquier distancia respecto a la norma que aparece generalmente allí transmitida por una voz. Ese Otro resulta siempre ser una máquina, lo cual lo destituye radicalmente; pero mientras tanto, ¿no podríamos sospechar que avanzamos hacia la construcción de un cuerpo que es el cuerpo del Otro, del otro del discurso, del otro de la ley? ¿No lo estamos dando materialidad a Dios y reinstalándolo en su ejercicio superyoico con los devastadores efectos de destrucción del objeto causa del deseo para el hombre? ❧



❧ Bruegel el Viejo. La embriaguez (detalle) . Grabado .
Bib Nacional París

BIBLIOGRAFÍA

- BRETON, Philippe, *Le culte de l'Internet: ¿Une menace pour le lien social?*, París, La découverte, 2000.
- _____, *L'Utopie de la communication*, París, La découverte, 1997.
- _____, *Une histoire de l'informatique*, París, La découverte, 1997.
- CALVINO, Italo, *Los amores difíciles*, Bogotá, Tusquets, 1990.
- DAVIS, Flora, *La comunicación no verbal*, 8a. ed., Madrid, Alianza, 1983.
- FREUD, Sigmund, *Teorías sexuales infantiles* (1908), en *Obras completas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, págs. 1262-1271.
- _____, *Los instintos y sus destinos*, en *Obras completas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.
- LACAN, Jacques, *L'Angoisse. Séminaire 1962-1963*. Documento interno de la Association Freudienne Internationale, sin fecha.
- _____, *Le séminaire, livre XI, Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, París, Éditions du Seuil, 1973.
- LE BRETON, David, *L'Adieu au corps*, París, Métailié, 1999.
- MATHIAS, Paul, *La ciudad de Internet*, Barcelona, Bellaterra, 1999.
- NEGROPONTE, Nicholas, *Ser digital*, Buenos Aires, Atlántida, 1995.